

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

GUTIÉRREZ, CONSTANCIO: *Españoles en Trento*. Prólogo de Joaquín Pérez Villanueva, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. Valladolid, 1951 (C. S. I. C., Instituto «Jerónimo Zurita», Sección de Historia Moderna «Simancas», de Valladolid). 1057 págs., con láminas.

Después de citar las fuentes y la bibliografía, el autor expone en la introducción la génesis de la obra, basada en el manuscrito 320 del Colegio Mayor vallisoletano de Santa Cruz, que contiene el catálogo hispano-tridentino. Al lado de su texto latino el autor pone la versión castellana, y al pie de las páginas las aclaraciones y adiciones a cada uno de los personajes reseñados en el manuscrito. Al final van índices copiosos.

El autor confiesa que antes le había parecido hiperbólica la afirmación de Menéndez y Pelayo de que el magno Concilio de Trento fué «tan español como ecuménico»; pero las investigaciones le han convencido de la exactitud del aserto. Son hasta 160 los varones españoles que tomaron parte en las deliberaciones, algunos en dos de las convocatorias, otros en las tres; pero, en realidad, el número fué más subido.

Aragón brilló allí con figuras sobresalientes, alguna primerísima, como el zaragozano Antonio Agustín, insigne polígrafo, canonista y teólogo eminente, obispo de Lérida y después arzobispo de Tarragona; especialmente en el tercer período. Entre otros cometidos, tomó parte en la comisión para el salvoconducto de los protestantes, y fué el principal autor de la primera fórmula del decreto sobre residencia. Terminada la Asamblea, Agustín firmó las actas y se salió de Trento, en 1564, en dirección a su sede.

Además, se anota en el grupo de prelados aragoneses a Pedro Agustín, obispo de Huesca, hermano del citado Antonio; a Pedro del Frago, de Uncastillo, obispo de Ales y después de Jaca y Huesca; a Pedro Vaguer, de Jaca, obispo de Alguer, en Cerdeña; al turolense Lope Martínez de Lagunilla, obispo de Elna.

Entre los prebendados, el prior del Pilar de Zaragoza Pedro de Naya, natural de Castejón de Sobrarbe, débil de cuerpo pero fuerte y sereno de ánimo; en Trento murió, y dejó por albaceas a los dos prelados Agustines. Felipe II le estimó mucho; en mi obra *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztrroz* (Madrid, 1950), he publicado las cartas del monarca referentes a Naya. El canónigo zaragozano Pedro Serra fué uno de los teólogos más insignes que pasaron por Trento en el primer período, acompañando al obispo Pedro Agustín; éste, de los pocos españoles que asistieron a las tres etapas del Concilio, y por expresa voluntad de Carlos V representó oficialmente a los prelados de la Corona de Aragón imposibilitados de acudir personalmente.

Recordemos también: al canónigo zaragozano del Pilar Clemente Garcés, designado por la reina de Bohemia, que entró en Trento el mismo día en que lo hicieron estos soberanos: su intervención fué breve; al limosnero y predicador de la catedral de Tarazona Francisco Heredia, procurador especial, en la etapa del Papa Julio III, del obispo de

aquella diócesis Juan González de Munébrega; al darrocense Diego Gilberto Noguerras, educado lejos de la patria, deán de la catedral de Viena y obispo de Alife, sucesor de Antonio Agustín. En una sesión predicó en latín con aplauso de todos, excepto de los embajadores de Francia y Venecia, disgustados porque nombró antes al rey español que al francés, y al duque de Saboya antes que a la Señoría de Venecia, por lo cual ambos se fueron a quejar a los Legados, pidiendo que el sermón no se incluyera en las actas, pero no lo consiguieron. Bartolomé Sebastián, de Torrelacárcel, a corta distancia de Teruel, inquisidor y obispo de Patti, destacó en el Concilio por su exquisita prudencia; fué sepultado en Tarragona.

Entre los conciliares pertenecientes a Ordenes religiosas, destacó el franciscano barbastrense fray Vicente Lunel, ministro general de la Orden, en 1535. Fué muy apreciado del Papa Paulo III y de Carlos V. También se admiró en Trento la santidad del inefable fraile jerónimo Juan Regla, de Hecho, perito en las lenguas latina, griega y hebrea. Hizo el viaje a Trento con los reyes de Bohemia y del citado canónigo Garcés. Teólogo imperial, el César, ya dimitido, le nombró su confesor en Yuste, atraído por la fama de su virtud. El padre fray José de Sigüenza, historiador de la Orden, refiere curiosas anécdotas de su estancia en aquel monasterio extremeño. En la villa de Hecho hay una casa típica donde es fama nació fray Juan Regla.

El Concilio tuvo su poeta, y aragonés, de Zaragoza: Juan Verzosa, en una epístola latina al cardenal Vitelli, de exaltación de algunos de los que llamaremos héroes del Concilio, en la cual le exhorta a que reúna las actas dispersas para que no perezcan, y la tenga a mano el Sumo Pontífice, y rija la Iglesia. Sin duda, Verzosa estuvo allí.—*Ricardo del Arco.*

CUMBREÑO, FLORIANO: *El problema pedagógico de la Enseñanza Media*. Oviedo, Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, 1952. 100 págs.

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo acaba de publicar las tres conferencias pronunciadas en su Aula Magna por el Dr. Cumbreño, con la esperanza de que los organismos encargados de la elaboración del nuevo plan de Enseñanza Media encuentren en ellas elementos aprovechables. Creemos que ha tenido la Facultad de Oviedo un gran acierto con esta aportación a un problema tan importante y tan de actualidad. Muy raras veces se encuentra una exposición tan objetiva y tan fundada en razones pedagógicas como esta que nos brinda Floriano Cumbreño. Se advierte en seguida su dominio de la materia, no sólo desde el campo teórico, sino también práctico. Maestro en las lides de la enseñanza en toda su amplitud, ha sabido exponer en estas tres conferencias los capítulos más debatidos de la Enseñanza Media.

La primera conferencia versa sobre el concepto de la Enseñanza Media. Con toda precisión se determina el constitutivo esencial de esta enseñanza, de la que se desprenden los tres fines primordiales: completar la educación primaria, encauzar la vocación y asentar la convicción. En este triple cometido se encuadra todo el alcance y trascendencia de la enseñanza colocada entre la primaria y la universitaria.

La evolución del joven es la que marca la pauta y el desenvolvimiento de este cometido. El paso de la niñez a la juventud requiere, según el Dr. Cumbreño, cuidados especiales, puesto que es la fase más crítica y peligrosa. El alma infantil se llena en esta edad de oscilaciones sentimentales afectivas y de ideales que requieren una continuación cuidada en la labor educativa, y es precisamente cuando se suele abandonar al joven a sus propias fuerzas, error que el Dr. Cumbreño señala con oportunidad.

La otra finalidad de la Enseñanza Media mira al encauzamiento de la vocación. De conformidad con las experiencias de Tanssing y las hechas por él, afirma que la voca-

ción no es cosa infantil sino de la adolescencia; el niño se deja deslumbrar por una profesión, pero no hay en él arraigo ni preocupación por su porvenir. Al iniciar, en cambio, la segunda enseñanza, se da cuenta de que tiene que elegir una profesión en la vida y que de hecho ya ha empezado a elegirla. El inicio de la vocación verdadera es cosa de la adolescencia, por lo que es entonces más necesaria que nunca la ayuda del profesor. El concepto de la vocación, así como de los factores que intervienen en su desenvolvimiento, son estudiados por el Dr. Cumbreño detenidamente y de entre ellos destaca la aspiración hacia una forma de trabajo y la polarización de la actividad hacia un grupo de actividades.

Indudablemente da en la llaga cuando señala la carencia de esta orientación en los centros medios y diagnostica bastante claramente este mal que aqueja a la enseñanza, pero se olvida el autor de otros factores psíquicos, sobre todo de orden subconsciente que puede influir en la decisión vocacional.

La tercera misión de la Enseñanza Media consiste en «asentar la convicción». El autor toma de Spranger la base psíquica de este cometido, el cual resume los caracteres de la organización psíquica del adolescente en tres puntos: descubrimiento del yo, formación paulatina de un plan de vida e ingreso dentro de las esferas de la vida social. Todo ello le lleva al joven a hacer una revisión de los conceptos sembrados en su alma, pero no se crea que se trata de una verdadera revisión crítica: es más bien un afán o un deseo de encontrar la base firme a su convicción; de aquí que la Enseñanza Media no pueda sentirse ajena a esta función necesaria y exigida por el comportamiento psíquico del adolescente.

En la segunda conferencia propone a la consideración un plan general de estudios basado en las necesidades y en la capacidad intelectual de los alumnos. Este plan consta de tres períodos: Escuela preparatoria, Bachillerato general y Bachillerato especial.

Es un acierto grande del Dr. Cumbreño el acentuar la importancia de la Escuela preparatoria para evitar el paso brusco de la primera a la segunda enseñanza. Su duración comprende de los nueve a los once años. Como siempre el ingreso en el bachillerato se ha hecho a los diez años, y aun a los nueve, esta incrementación de la preparatoria hará que el alumno entre por los cauces del bachillerato más desenvuelto. Creemos acertada la idea, si no fuera porque ello lleva consigo que el alumno termine demasiado tarde los estudios del bachillerato.

La división del bachillerato en general y especial es una aspiración sentida por la inmensa mayoría de los que se preocupan de estas cuestiones. Al terminar el cuarto curso podrían recibir el título de bachiller elemental, que sirviera de requisito para ingresar en las escuelas Normales, de Comercio y de otras profesiones similares: punto de vista que el mismo actual Director general de E. M. defendió en sus conferencias del Ateneo. La distribución de las materias que hace el Dr. Cumbreño se basa en los tres ciclos clásicos: matemáticas, ciencias y letras. De cada uno de ellos hace consideraciones oportunas tanto sobre la necesidad como sobre el método a seguir. La rigurosidad del pedagogo que es el Dr. Cumbreño perfila con trazos caricaturescos los males que aquejan a la enseñanza de estas materias, por lo que exige como condición de toda formación la trilogía forzada de toda psicología moderna: despertar el interés, racionalizar el contenido y hacer la enseñanza activa.

El Dr. Cumbreño desenvuelve, más que un plan completo, un bosquejo que sólo se fija en los caracteres generales, pasando por alto la coordinación que debe existir siempre entre las materias y el desenvolvimiento intensivo que requiere un plan cíclico. En cambio, las observaciones son precisas y certeras: cuando habla de las matemáticas, dice que debe utilizarse un método inteligente, paciente y comprensivo, que inicie al niño por los caminos de las matemáticas fuera del campo propiamente matemático y de la abstracción cuantitativa.

Más dificultades ofrece el planteamiento del bachillerato especial. Para el señor Cumbreño debe hacerse desde el quinto curso una separación de letras y ciencias, sin que ello sea obstáculo para la elección posterior de carrera. No sabemos en qué pueda fundarse esta bipartición que atenta contra los fines claros del bachillerato expuestos acertadamente en la primera conferencia. La especialización corresponde a la Universidad, no a los Institutos. Además, el alumno que habiendo elegido las ciencias se decida más tarde por una carrera literaria, llevaría siempre un déficit que no sería fácil pudiera recuperar. De otra parte, si las letras y las ciencias tienen un valor formativo, ¿por qué razón suprimirlas cuando se completa la educación media? Igual consideración se presenta atendiendo al aspecto instrumental de las mismas. No razona el Dr. Cumbreño la modificación que propone de algunas disciplinas, por ejemplo, la supresión de la Teoría del Conocimiento y de la Ontología en sexto curso, o de la Historia y Geografía en quinto y sexto; en cambio sigue admitiendo el Griego en los últimos cursos. Hubiéramos deseado una mayor concreción de estos problemas.

Lo que es un acierto indudable, a la vez que una innovación que levantará polvareda, es la supresión que propone de la Religión como disciplina independiente. Algunas objeciones cabría poner y que es de suponer le habrán sido hechas, pero los resultados favorables de la innovación propuesta serían indudables y ¿qué duda cabe que la Religión en plan de alta catequesis conseguiría cumplidamente los fines de apostolado y de instrucción que lleva consigo?

Los problemas más debatidos en la actualidad de la Enseñanza Media se estudian en la tercera y última conferencia. La causa de los males que nos aquejan se debe sin duda, expone el Dr. Cumbreño, a que se ha partido de una incomprensión de los fines de esta enseñanza. Desenfocada desde un principio por creérsela un grado de transición, no han acertado a encauzarla. De todos los planes habidos, el actual es uno de los peores. Este adolece de un sobrecargo irracional de asignaturas, junto con un sistema antinatural de compensaciones y, de otra parte, admite una libertad prostituida de la libertad de enseñanza. Tanto se ha desviado la Enseñanza Media de sus fines que es considerada corrientemente por los padres como un «trámite molesto, inútil y costoso». La consecuencia que fluye espontáneamente es que se hace necesaria una reforma total. Con ello el Dr. Cumbreño sigue la vía de todos los críticos objetivos y desinteresados. La primera reforma ha de empezar por el profesorado. Mientras el profesorado, por muy culto y preparado científicamente que esté, no conozca la psicología infantil y la metodología de su disciplina, perderá lastimosamente el tiempo. No es mucho pedir que todos los profesores, tanto de enseñanza oficial como privada, pasen por un curso de psicología de la edad juvenil y de didáctica, como venimos defendiendo desde hace años personalmente. Después de este requisito fundamental, muchas aspiraciones se nos darían por añadidura. Da pena ver el fracaso de tantos profesores de excelente preparación y buen deseo que como disculpa de su fracaso se acogen a la lista de los «suspendedores».

La cuestión batallona que hoy separa los campos y excita las pasiones es la de quién tiene derecho a enseñar. El Dr. Cumbreño la resuelve en pocas líneas a favor del Estado. Si partimos del concepto social de la educación, es indudable que el Estado tiene la obligación y el derecho de fijar las normas directrices que conduzcan a los ideales que él se propone. Según esto, el Estado debe crear los Institutos como crea las Universidades y las Escuelas. A su lado cualquier entidad puede hacer otro tanto y beneficiarse con ello el Estado. De esta forma nadie puede poner objeciones a una solución tan amplia. Es inadmisibles el radicalismo de negar al Estado el derecho a la Enseñanza, si bien en sus normas o directrices es lógico que el Estado católico se ajuste a las directrices del dogma y de la moral cristianos. Como un corolario de esta tesis se desprende el otro problema tan discutido: ¿Quiénes han de examinar para dar el título? También le corresponde al Estado, y precisamente debe hacerlo en los centros oficiales que

destine para esta clase de enseñanza, con el personal suyo y sin separaciones de la función docente y examinadora. Dada la situación actual de nuestra circunstancia, el Dr. Cumbreño propone, como fórmula transitoria, la intervención de la Universidad en los exámenes finales. Esta «dejaición» de poderes que, como catedrático de Universidad que es el Dr. Cumbreño, le corresponde «de facto», le ennoblece y le acredita en su acrisolada objetividad.

Queda últimamente la cuestión de los exámenes. No sería pedagogo competente el autor si no abogara por la supresión de los exámenes tal como vienen realizándose en los centros de Enseñanza Media y el Examen de Estado. Su punto de vista es más humano y comprensivo, y subraya el absurdo de un memorismo inútil para la vida.

Felicitemos al Dr. Cumbreño por esta magistral aportación al estudio de los problemas de la Enseñanza Media tan necesitada de estas intervenciones valiosísimas y sinceras. Y si desde el mirador suyo elevado de la Universidad se vislumbran estos objetivos, ello nos reafirma en nuestra postura y nos estimula a seguir luchando de conformidad con las exigencias de los alumnos y de los nobles fines de la educación media.—*Emilio Martínez Torres.*

SANZ Y CELMA, GASPAR: *Instrucción de música sobre la guitarra española...* Zaragoza, 1674. Edic. facsímil, con prólogo y notas de Luis García-Abrines. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (C. S. I. C.), 1952. 135 págs.

Aragón, que tantos hijos ilustres cuenta en diversas actividades y disciplinas científicas, literarias y artísticas, ha tenido también un preceptista del arte de la guitarra: el licenciado Gaspar Sanz, quien, en la portada de su *Instrucción de música sobre la guitarra española*, impresa en Zaragoza, año 1674, por los herederos de Dormer, se intituló con simpática franqueza, «aragonés, natural de la villa de Calanda, bachiller en Teología por la insigne Universidad de Salamanca». Es un libro atrayente, de formato apaisado para dar cabida a unas láminas con posiciones de la mano en el mástil del instrumento, inventadas por el autor y grabadas al cobre por Blavet. Una, al principio, ostenta sobre fondo de arquitectura neoclásica el busto de Juan José de Austria, el infante hijo de Felipe IV y de «la Calderona», virrey de Aragón amadísimo de los zaragozanos, encerrado en medallón sostenido por dos ángeles; al pie, figuras alegóricas de la Música: la una toca el violoncello; la otra tañe la guitarra; un angelote, el arpa.

Sebastián Alfonso, maestro de Capilla de la Seo, y Diego Jaraba y Bruna, músico de cámara y organista del Pilar, en sendas aprobaciones alaban la tarea de Gaspar Sanz, y hallan en el tratado tanta variedad de reglas, que parece haberle agotado los primeros a este instrumento. Cuanto a consonancias, «no hay más que tañer», y no alcanza más el arte, afirman. En lo restante de cifras, «es un paratodos este volumen, pues los que con otros piensan haberse perfeccionado, aquí hallarán muchas novedades y piezas tan extrañas y de buen gusto, que los más entendidos quedarán satisfechos».

Desde el encordar la guitarra hasta los falsos y puntos más raros y difíciles, pasando por el contrapunto, la fuga y la composición en general, las diferencias y los sonos del rasgueado español, la lectura del tratado provoca el contagio admirativo de la guitarra, que alcanza aquí el rango y la eficiencia que, sin duda, tuvo en manos de este sacerdote aragonés. Pero hay que aludir a lo más atrayente para los musicólogos: la variedad de danzas y sonos nacionales y extranjeros, mencionados por los dramaturgos y moralistas de la época, aquéllos para ensalzarlos, con su letra; éstos, para vituperarlos. Pero Gaspar Sanz, sintiéndose solamente artista, da entrada al solemne «Gran Duque», al «Baile de Mantua», a las pizpiretas zarabandas francesas, a la «Alemania serenísima», a la «Preciosa» y a la «Jiga, que tiene el aire inglés». Y asoman pasacalles, y dieciséis diferencias

sobre la jácara y quince sobre el «Canario», baile «gentil» a juicio de Lope de Vega; junto a un preludio o capricho arpeado «con estilo nuevo», otro, y fantasía «con mucha variedad de falsas» para los muy diestros, y «sesquiláteras de mucho arte», compuestos por el autor.

En el mismo siglo se multiplicaron las ediciones de la obra, refrescando «los puntos y términos más extraños y sonoros de la guitarra» y los sones y danzas del rasgueado y punteado al estilo español, italiano, francés e inglés; lo cual arguye la aceptación que alcanzó esta *Instrucción*, donde el pentagrama aprisiona algunas partecitas del alma nacional.

La obra acaba de ser reeditada, con buen acuerdo, por la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza, con prólogo y notas biográficas, bibliográficas y críticas de Luis García-Abrines, quien reproduce en facsímil la tercera y la octava ediciones.

Guitarrista en la más noble y limpia significación del vocablo, por cuanto en la mente de muchos perdura el tópicos despectivo, o al menos peyorativo. Guitarrista teórico y excelente ejecutante fué este hijo de Calanda, Francisco Bartolomé Sanz y Celma—él se nombra Gaspar—. Cuando uno escucha el lindo «Concierto de Aranjuez», de Joaquín Rodrigo, para guitarra y orquesta, o cuando se leen estos «aires» españoles de la *Instrucción* que comento, piensa en las posibilidades de este instrumento, que sirve para algo más que para acompañar zambras y «jipios» y solaces de figaros, o para unir su lamento a coplas de ciego y romances de cordel. Tárrega y Sors—los clásicos compositores—, Segovia, Sáinz de la Maza y Yepes han puesto y ponen a la guitarra española un copete de cimera y lambrequines; y Joaquín Rodrigo, inquieto y castizo, la ha incorporado con pujos de solista al artillugio orquestal.

He aquí un tierrabajino, nacido en 1640, graduado de bachiller en Salamanca, de cuya Universidad llegó a ser profesor de música. Tañe primorosamente la guitarra y el arpa, y hace cantar al órgano con sones mayestáticos y delicados. Vase a Italia, y en Nápoles es discípulo de Cristóbal Carisani, organista de la Capilla Real. De añadidura, humanista, traductor de *El hombre de letras*, de Bartoli, y autor de elegantes epigramas latinos, influidos de Marcial, su conterráneo. Pero la nombradía la debió a su peregrino tratado de la guitarra, el mejor de los aparecidos en España.—*Ricardo del Arco*.

Compañía Aragonesa de Radiodifusión, S. A.: *Comentarios ante los micrófonos de Radio Zaragoza a la obra del grabador Manuel Castro Gil, por Federico García Sanchiz, Emilio Ostalé Tudela, José del Río Sanz, Joaquín y José Albareda, Luis Torres, Dámaso Santos, Emilio Alfaro, José Valenzuela La Rosa, Ricardo del Arco Garay y «Gustavo Adolfo»*. Zaragoza, 1951. 87 págs., con 9 láminas.

Cuando se publican libros como el presente, las corporaciones o entidades que los editan se prestigian. Así acontece con «Radio Zaragoza», la popular emisora, que lanza no al mercado, pues se trata de una tirada reducida de bibliófilo, de trescientos ejemplares, un libro lujoso, que es encanto de los ojos y deleite del espíritu. De lo primero, porque el volumen, de nítida impresión, que acredita a los talleres zaragozanos de Octavio y Félez, va ilustrado con ocho aguafuertes de Castro-Gil, más la briosa cabeza del Apóstol en la cubierta, todas originales, y el retrato del artista. De lo segundo, porque los laudes que a lo largo de las páginas dedican al gran grabador gallego García Sanchiz, Ostalé, Del Río, hermanos Albareda, Torres, Santos, Alfaro, Valenzuela, «Gustavo Adolfo» y el que esto escribe, descubren, examinan y valoran las cualidades y las calidades matizadas de la producción de este formidable grabador, que llena una laguna española desde Carmona hasta acá.

El hecho de la publicación de este libro de homenaje por Radio Zaragoza es ciertamente insólito (recordemos que de una serie de charlas sobre Goya hizo algo análogo, aunque más modesto), pero no fuera de sazón y lugar. Porque hoy las emisoras españolas de radio, a vueltas del aspecto económico, comercial, ineludible para poder subsistir sin subvenciones, tienen una eficiente misión de cultura, de todo en todo popular. Con las ondas, como con la letra de imprenta, se ejerce magisterio eficaz, se adoctrina y se orienta. Consideremos que hay muchas gentes, aquí y en todas partes, que no se asoman al mundo de la ciencia y de la belleza sino por las ventanas de la prensa periódica o de la radio. Y cuando se dan a la luz por estas entidades obras de los quilates de la que comento, se realiza una nobilísima función, una labor de extensión cultural de loa. En este caso concreto se adivina la mano de otro artista que ha sentido la responsabilidad, dando aire a la vocación, y ha puesto cima al propósito con escrupulosa pulcritud: el ilustre escultor Angel Bayod, director-gerente de la mencionada entidad.

No es caso de repetir ditirambos a la producción grabada de Castro-Gil, de sencilla y simpática apostura; en estas páginas de ARGENSOLA (I, 369-376) se los dediqué. Pero sí quiero advertir que este libro nos depara el gozo de ver reunidos—algunos inéditos—grabados de monumentos y rincones aragoneses: la inefable vista de la basílica de Nuestra Señora del Pilar desde el otro lado del Ebro; la severa fachada de la Colegiata de Alcañiz, la puerta zaragozana del Carmen, el paraje de San Juan de los Panetes, el claustro monacal de San Juan de la Peña observado desde la capilla de San Victorián, y dos grabados hechos «ex professo»: el conjunto del castillo de Loarre y los Mallos de Riglos.

Estas últimas aguafuertes son dos excepcionales estampas tiradas a varias tintas. Soy testigo de cómo Castro-Gil captó embelesado, en trazos enérgicos y rápidos, toda la grandeza de la fortaleza roquera y de los monolitos ingentes de Riglos, que amenazan, como Polifemo, al minúsculo poblado que descansa confiado a sus pies. Parece increíble que se puedan estampar grabados al aguafuerte logrando los matices aterciopelados en tema rojo, que Castro-Gil alcanza en estos «Mallos», y la soñadora suavidad de claro de luna en su «Loarre», creaciones magistrales.

De este modo, el libro de exaltación de un artista consagrado hace lustros se trueca en una especie de libro de horas del buen aragonés. No en hojas miniadas, bellas pero un poco dulzonas, al modo de un códice, pero en grabados al agua fuerte, recios como la tierra y el carácter, llenos de poesía y verdad, se le ofrecen arquetipos de la región, encendidos de palpitante espiritualidad: el templo de la Señora celestial, que en carne mortal quiso venir a Zaragoza en merced sin par; San Juan de la Peña, baluarte de la tradición milenaria política y guerrera del Reino; el castillo de Loarre, símbolo en piedra del alma aragonesa; Alcañiz, evocación renacentista de días de esplendor literario y artístico; la Puerta del Carmen, esqueleto que alienta epopeya, blasón y orgullo de Zaragoza y de España entera. Un cintillo de piedras preciosas extendido de Norte a Sur en nuestro suelo.—Ricardo del Arco.

ALBAREDA PIAZUELO, JOAQUÍN: *El retablo de San Bernardo de la Seo*. Cuadernos de arte aragonés, I. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1952. 33 págs., con 19 láminas.

El secretario de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, y consejero de la Institución «Fernando el Católico» de aquella Diputación, don Joaquín Alba.eda Piazuelo, ha publicado el primero de los *Cuadernos de arte aragonés*, de carácter divulgador, y por ello de texto breve y copiosa ilustración gráfica. Laudable propósito, que seguramente obtendrá el éxito que merece. Este primero va dedicado al magnífico retablo de la capilla de San Bernardo, en el Templo Metropolitano de Zara-

goza. El retablo fué comenzado en 1553 por el escultor Pedro Moreto, hijo de Juan, el florentino. En 1551 el escultor Juan de Liceire, discípulo de Damián Forment, contrató el sepulcro de doña Ana de Gurrea, madre del arzobispo don Fernando de Aragón, que costeó toda la obra, cuyo sepulcro, asimismo en esta capilla, lo labró Bernardo Pérez. La presentación del folleto es muy cuidada.—*Ricardo del Arco.*

MONEVA Y PUYOL, JUAN: *Memorias*. Zaragoza, 1952. 534 págs.

El catedrático de Derecho canónico de la Universidad de Zaragoza, recientemente fallecido en edad avanzada, don Juan Moneva y Puyol, escribió en el año 1947 las memorias de su vida, a ruego de un grupo de amigos, quienes ahora las publican sin corregir y sin suprimir nada del original. La obra está distribuida en 40 capítulos. El interés de estas Memorias es casi exclusivamente local, zaragozano, como de mera crónica retrospectiva; en Zaragoza vivió siempre el autor, y registra episodios, noticias e impresiones que los zaragozanos leerán con agrado, pues contienen rasgos de ingenio —algunas veces cáustico—, característicos del autor, y apreciaciones originales. Sin embargo, faltan esos juicios estéticos, filosóficos y críticos de índole universal, que constituyen el encanto y la enseñanza de este género de obras, acaso por el ámbito reducido, no por escasez de cultura ni de inquietud del autor. El estilo es natural, y abundan rasgos satíricos y observaciones agudas.—*Ricardo del Arco.*

ISIDORO DE SEVILLA, SAN: *Etimologías*. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones particulares de don Luis Cortés y Góngora. Introducción general e índices científicos del Prof. Santiago Montero Díaz. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951. 88 + 564 págs.

Sería ocioso ponderar aquí la importancia o el significado de los veinte libros que integran los *Orígenes* o *Etimologías*, la más conocida de las producciones de Isidoro de Sevilla, indudable tránsito de la sabiduría antigua al mundo medieval. Lo verdaderamente notable es que ya, desde ahora, se hayan convertido en un volumen accesible a todos, gracias a esta primera versión castellana total que don Luis Cortés y Góngora, licenciado en Derecho canónico y párroco de San Isidoro de Sevilla, ha preparado para la prestigiosa «Biblioteca de Autores Cristianos».

Como primera garantía de la versión, realizada con escrupulosa exactitud y literalidad, debe señalarse que el señor Cortés y Góngora ha adoptado la edición crítica del texto fijado por W. M. Lindsay (Oxford 1911), conceptuada como la mejor hasta hoy. Se han cotejado, sin embargo, otras ediciones, como la de Pérez Grial, con notas (Madrid 1599), la antigua de Breul (París 1601) y la del padre Faustino Arévalo, S. I., con notas (Roma 1798-1801). Al igual que este último, ha mantenido el traductor el método, ya seguido por Lindsay, de dividir los capítulos en párrafos numerados como en los escritores clásicos y en la Biblia. Con abundancia—no abusiva—de notas eruditas el traductor aclara y explica el texto. Cada uno de los veinte libros de que constan las *Etimologías*, va precedido de introducción, siempre provechosa, en la que se mencionan las fuentes pertinentes.

El profesor Santiago Montero Díaz, catedrático de Historia Antigua Universal en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, ha enriquecido y avalorado esta edición con una larga y documentada introducción general—de 88 páginas—, que comprende los siguientes capítulos: 1. Europa y España en tiempos de san Isidoro; 2. Vida y

actuación; 3. La obra. Originalidad. Significación en la historia de la cultura; 4. El pensamiento isidoriano; 5. San Isidoro en el mundo medieval; 6. San Isidoro en la cultura occidental. Se trata de un estudio profundo, en sus aspectos histórico, literario y científico, escrito con sobriedad y vigor de estilo y puesto al corriente de las más modernas investigaciones.

El mismo profesor Montero Díaz ha elaborado para esta edición detallados y utilísimos índices sistemáticos, que permiten el inmediato manejo de las *Etimologías* desde cualquier ángulo de la investigación, ya que abarcan tres series: tecnicismos isidorianos, nombres propios de persona y nombres de lugar; sigue todavía un índice de nombres propios y de lugar citados en la introducción general, notas, bibliografía y comentarios. La bibliografía, nacional y extranjera, ocupa casi cinco páginas.—*Miguel Dolz*,

BELTRÁN MARTÍNEZ, ANTONIO: *Curso de Numismática. Numismática antigua*. Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. Cartagena, 1951.

El doctor Antonio Beltrán, con su *Curso de Numismática* ha llenado un importante vacío en esta rama del saber tan imprescindible para el conocimiento perfecto de la Historia. No andábamos en España sobrados de modernos libros que afectaran a este campo de la investigación, y el doctor Beltrán, con esta obra que en su introducción se anuncia por el autor como manual, y que ya desde las primeras páginas se sale de los humildes límites anunciados y se nos muestra como lo que en realidad es, como un estudio fundamental y trascendente, ha completado este hueco. Y es que Antonio Beltrán, heredero en el saber y en las aficiones de uno de los mejores numismáticos que en el momento presente tenemos en España, don Pío Beltrán Villagrasa, no podía darnos otra cosa, ya que su preparación y vastos conocimientos no habían de rendir frutos que no fueran perfectamente madurados y definitivos. Huesca prosigue así en sus hijos la tradición de grandes numismáticos que inició el insigne mecenas Vincencio Juan de Lastanosa.

En la introducción nos demuestra que la Numismática no es sólo una ciencia auxiliar de la Historia, como algunos creen, sino que constituye una verdadera ciencia autónoma con caracteres y peculiaridades propias. Estudia después la moneda en el mecanismo económico, y explica su aparición; luego nos da a conocer la evolución de las monedas en el decurso de los tiempos, y más adelante nos enseña los elementos constitutivos de ésta, para, en apartados sucesivos, estudiar las falsificaciones, los objetos numismáticos que no son moneda y los nombres fonéticos de ésta, así como sus elementos externos. Particularmente es interesante el apartado X del primer capítulo en el que nos muestra los procedimientos empleados para la fabricación de la moneda por los antiguos; por fin, cierra el capítulo con el estudio del método de investigación numismática.

En el segundo capítulo trata de las monedas griegas, estudiando los diversos sistemas monetarios, tanto de oro, como de plata o bronce, sus leyes, formas, clasificación y la ordenación geográfica de las diversas series, completado todo esto con numerosas improntas.

La Numismática romana es objeto del estudio del capítulo tercero, dividido en tres apartados, en el primero de los cuales nos da a conocer la materia, la ley y los elementos de la moneda romana, para estudiar en el segundo la moneda de la época republicana con una clasificación de los nombres familiares y cerrarlo con el estudio de la Numismática del Imperio.

Es quizá para nosotros el capítulo cuarto el más interesante de este magnífico estu-

dio, que trata de la Numismática española en la edad antigua. Todas las monedas nos son dadas a conocer, las griegas, las fenicias, las cartaginesas, las latinas, y las diversas cecas de cada uno de los tipos, terminando con el estudio de las cecas que nos son desconocidas y con unas instrucciones para la clasificación de todas las monedas estudiadas. Siguen veinte páginas de apéndices interesantísimos, necesarios para capacitar al estudiante y al aficionado para el conocimiento de cualquier moneda de la época romana acuñada en España.

Este esquema del libro del profesor Beltrán nos da una idea de la importancia del tratado, que ha de ser en lo sucesivo una obra imprescindible en las bibliotecas de todos los estudiosos y de quienes quieran profundizar en el conocimiento de esta importantísima ciencia.—*Virgilio Valenzuela.*

MIELI, ALDO: *Panorama general de Historia de la Ciencia. La eclosión del Renacimiento.* Madrid, Espasa-Calpe, 1951. XXII + 400 páginas.

La eclosión del Renacimiento forma el tercer volumen de la serie *Panorama general de Historia de la Ciencia*, de Aldo Mieli. Los dos títulos anteriores fueron: *El mundo antiguo: griegos y romanos* y *El mundo islámico y el Occidente medieval cristiano*. Poseemos indudablemente con esta colección uno de los más valiosos y lúcidos manuales de la historia de la ciencia. Sin atenerse estrictamente al significado literal—e impropio—de la palabra, designa aquí el autor como época del Renacimiento el período que va desde la decadencia de la escolástica y la iniciación de los grandes viajes marítimos de descubrimiento hasta el siglo que empieza con Galileo y Kepler y se cierra con Huygens, Malpighi y Newton; esto es, desde el primer cuarto del siglo xv a los primeros años del siglo xvii. Inútil sería señalar el máximo interés que encierra este período para una historia general de la ciencia que quiera exponer no sólo el advenimiento de lo que ha permanecido en la ciencia contemporánea, sino también las variaciones experimentadas y el origen material y psicológico de la ciencia moderna.

Precede a la exposición de la historia de la ciencia en el Renacimiento una esencial «nota bibliográfica general», que abarca las historias generales de la ciencia o de disciplinas científicas particulares durante el período comprendido desde los comienzos del Renacimiento hasta el final de la Revolución Francesa, es decir, los cuatro siglos xv, xvi, xvii y xviii. Es una nota razonada, sometida a un sano criterio de selección y crítica.

La parte histórica va expuesta en ocho capítulos, seguido cada uno de su bibliografía especial. Se refiere el primero a la nueva etapa científica, a las artes gráficas y a la publicación de los clásicos: la delicada cuestión, agravada por la formación de una de las más extraordinarias leyendas que se haya desarrollado en épocas históricas—la de Gutenberg—, está tratada con gran delicadeza y acopio de datos; un apéndice especial de este capítulo se refiere a la imprenta en el extremo Oriente. Se estudian en el capítulo segundo los grandes viajes marítimos de descubrimiento: el reconocimiento de la costa africana, el descubrimiento de América, la primera circunnavegación del globo terrestre. La técnica hasta fines del siglo xv va expuesta en el tercer capítulo; con la ciencia y la arquitectura se explica la obra matemática de Luca Pacioli. Después de un capítulo aislado, dedicado a Leonardo de Vinci como sabio—sumario de otra obra extensa, *Lionardo da Vinci, sabio*, que constituye el cuarto volumen del *Panorama*—, analiza Aldo Mieli en el capítulo quinto el primer tratado completo de mineralogía, minería, metalurgia y otras artes que se sirven del «fuego»: *De la pirotechnia* de Vannoccio Biringuccio. Miklas Koppernigk (Copérnico), con su sistema astronómico heliocéntrico, ocupa el capítulo sexto. Los dos últimos capítulos se refieren al desarrollo de la anatomía y a la medicina a comienzos del siglo xvi.

La exposición de Aldo Mieli es siempre clara, sumamente sugestiva, aun para los no especializados. El libro está ilustrado con 92 figuras, minuciosamente explicadas, poco conocidas la mayoría de ellas. Concluye la obra con un índice alfabético de los nombres de persona, de obras anónimas y de escuelas.—*Miguel Dolç*.

PUJALS, ESTEBAN: *Espronceda y lord Byron*. Premio «Menéndez Pelayo» 1949. Madrid, C. S. I. C., 1951. XVI + 510 páginas.

Agil conocedor de las lenguas y literaturas extranjeras, después de varios años de estudio en Francia e Inglaterra, Esteban Pujals nos da en esta obra de literatura comparada, única hasta la fecha en España, una muestra notable de sus preocupaciones y de sus profundos conocimientos de la literatura inglesa. El origen del presente estudio comparativo de Espronceda y lord Byron—en el curso del cual descuella constantemente, frente al romántico inglés, la acusada personalidad del poeta español—no obedece sencillamente al propósito deliberado de apoyar o rebatir la «teoría de la imitación». Se ha limitado el autor tan sólo a situar a ambos poetas «abierto y desembarazadamente cara al mundo», a fin de observar sus reacciones y percibir las interpretaciones artísticas «que nos ofrecen de los máximos problemas, móviles e ideas de la vida».

Es imposible leer y aún hojear este libro sin sustraerse a la evocación del procedimiento usado por Plutarco en sus *Vidas paralelas*. La vida y la obra de los dos poetas están estudiadas separadamente en las dos primeras partes del volumen: la primera parte está dedicada a las biografías, la segunda a las obras de ambos personajes. Ocupa la tercera parte el estudio comparado, y es ésta la más original en la trayectoria de nuestra investigación literaria, ya que debe de ser esta la primera vez en que un poeta español franquea los límites nacionales para ser parangonado con otro extranjero en el marco de la literatura universal. Como antecedentes de este trabajo hay que señalar los dos ensayos del mismo investigador *Paralelismo e independencia de Espronceda y lord Byron* («Arbor», núm. 25, 1948) y *El vivir y el morir en Byron* («Cuadernos de Literatura», fasc. 16-18, 1949).

Conociendo de antemano el aspecto polémico del problema, no se ha prestado fácilmente Esteban Pujals, dotado de excelentes dotes de comparatista, a las concesiones: sabe que no merece crédito una frase más o menos casual que pueda concurrir en los poetas estudiados, en desmerecimiento de la originalidad de Espronceda, ni tampoco se esfuerza en allegar sistemáticamente materiales para desvalorizar a Byron. Equidistante de ambos extremos, refleja siempre la mayor prudencia y ecuanimidad. Este punto de vista sobresale principalmente en el último capítulo que versa sobre las presuntas imitaciones de Espronceda. Frente a Churchman, defensor del total byronismo del poeta español, Esteban Pujals ve en Espronceda, «poeta bastante europeo», una vigorosa e independiente personalidad, para quien el término «imitación» resulta siempre inexacto.

Numerosos grabados, cariñosamente escogidos, ilustran la obra. La acompaña un valioso repertorio bibliográfico y un índice de autores, obras y nombres de interés literario.—*Miguel Dolç*.

FRUTOS CORTÉS, EUGENIO: *Calderón de la Barca*. Barcelona, Editorial Labor, S. A. 265 págs.

Tenaz estudioso de Calderón, como reveló en su magnífico trabajo, aún inédito, *La filosofía de Calderón en sus Autos sacramentales*, Eugenio Frutos, catedrático de Filosofía en la Universidad de Zaragoza, era sin duda uno de los mejor dotados para darnos en la colección «Clásicos Labor» este volumen consagrado al gran dramaturgo.

Sólo el estudio preliminar ocupa la mitad del libro—exactamente, 127 páginas—: una pequeña monografía, en suma, indispensable desde hoy para cualquier análisis de la vida y la obra de Calderón. Comprende tres capítulos fundamentales: 1. Vida, obras y significación; 2. Estilo y pensamiento calderonianos; 3. Los diferentes géneros calderonianos. Particularmente interesante, por sus puntos de vista personales, es el segundo, en el que Eugenio Frutos define y expone los caracteres de la época barroca, a la que obedecen, personalizados, el estilo y el pensamiento de Calderón.

La antología responde a dos facetas: poesía dramática y poesía lírica, representada ésta únicamente por la «Elegía en la muerte de la señora doña Inés de Zapata». La poesía dramática comprende selecciones de comedias de costumbres (*No hay cosa como callar*), de honor (*El tetrarca de Jerusalén* o *El mayor monstruo del mundo*), históricas (*La aurora en Copacabana*), religiosas (*El mágico prodigioso*), filosóficas (*La vida es sueño*), de fantasía y espectáculo (*La puente de Mantible* y *El mayor encanto, amor*), Autos sacramentales (*El veneno y la triaca*). Cada una de las selecciones va precedida del correspondiente comentario en que se expone el argumento y, a veces, se establecen atinados paralelos con otras obras de Calderón.

Como apéndices se insertan dos estudios: uno sobre el arte dramático y el lenguaje poético, sumamente sugestivo; y otro sobre la influencia de Calderón en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Rusia. En la abundante y selecta bibliografía, que cierra el volumen, se da noticia de las ediciones utilizadas, de los manuales y obras de conjunto, de estudios generales y monografías sobre la vida y la obra de Calderón y de algunos estudios sobre el barroco. Como pequeñas máculas hemos notado la defectuosa correspondencia del índice con la paginación del volumen y el segundo apellido de Angel Valbuena escrito erróneamente, en todas las referencias, «Prats» por Prat.—*Miguel Dolç.*

ALFONSO, ENRIQUE: ... *Y llegó la vida*. Estampas del descubrimiento y difusión de la vacuna antivariólica. Prólogo del Dr. C. Jiménez Díaz. Buenos Aires, Espasa-Calpe, S. A., 1950. 208 páginas.

Adoptando la forma, indudablemente amena y fácil, del relato dialogado y agrupando las diversas facetas que lo integran bajo la amplia denominación de «estampas», el escritor Enrique Alfonso expone en este libro una de las labores más grandiosas, en el orden científico y sanitario, de la historia española; una de las hazañas, en el terreno espiritual, más incomparables, de la que se ha dicho que no hay otro ejemplo en el mundo. Su intención merece la más fervorosa gratitud. El paladín de la gesta no había tenido hasta hoy ni un pequeño recuerdo que glorificara su nombre. Casi totalmente desconocido, en efecto, no sólo entre los historiadores de la Historia general, sino hasta entre los mismos de la Medicina, ha quedado el nombre de Francisco Xavier de Balmis y Berenguer, cirujano, botánico, médico y naturalista, muerto hace un siglo, que consagró su existencia y su abnegado tesón a la divulgación del por entonces tan reciente descubrimiento de la vacuna contra la viruela.

El beneficio de la vacuna antivariólica, saludada entre nosotros por la famosa oda de Quintana, no se había podido extender más allá de una zona relativamente estrecha de la tierra; sólo Balmis concibió la necesidad de propagarla a otros continentes e ideó la manera de realizarlo. De aquí, su fabuloso recorrido, casi inconcebible en los tiempos en que lo lleva a cabo: toda la América española, China, Filipinas. Su expedición científica a América, favorablemente informada por el Consejo de Indias, es secundada por Carlos IV, dando así origen a una de las últimas páginas gloriosas, aunque menos épicas que tantas otras, sobre la obra colonizadora y civilizadora de España en el nuevo

mundo: la epopeya callada de un hombre «bueno, sencillo, lleno de intuición», totalmente consagrado al servicio del ideal más noble y más humano.

Siguiéndole paso a paso a través de su vida casi legendaria, ha trazado Enrique Alfonso, con rara habilidad y sentido literario, esta galería de estampas. «A los niños —comenta Jiménez Díaz—, las historias policíacas les inspiran jugar a «policías y ladrones»; libros como éstos quizá nos animen a jugar a ser buenos». Atento siempre a la rigurosa verdad de los hechos, ha dotado el autor a las numerosas personas que desfilan por su obra de las virtudes o cualidades que en realidad tuvieron. Sólo se ha amparado en la licencia que lo puramente literario concede, al referirse a facetas accidentales o a episodios anecdóticos de la descripción. En la esencia de la narración, en cambio, ha seguido con la mayor exactitud «la ruta firme y ejemplar que marcan los propios hechos históricos». Como prueba explícita de su intención basta ver las 109 «aclaraciones» o notas, muchas de carácter documental, que ilustran los catorce capítulos o estampas.—*Miguel Dolç.*

ARTÍCULOS

BATLLORI, MIGUEL: *La preparación de Gracián escritor. 1601-1635.* (46 págs.). «Revista Nacional de Cultura» (Buenos Aires), núm. 85, marzo-abril de 1951.

Un resumen de este estudio valiosísimo, en sólo cuatro páginas, lo dió el autor al principio del intitulado *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*, del que di noticia en ARGENSOLA (I, 302) y publicó por entero el nuevo aporte documental del Archivo del reino de Valencia y del de la Compañía de Jesús en Roma, que esclarece de tal manera la larga época de vida interior y concentrada de Gracián, que apenas —afirma el autor— quedan ya problemas de importancia por resolver.

Primero estudia la familia de Gracián, cuyo padre, Francisco, fué natural de Sariñena, como los abuelos paternos Juan Gracián e Isabel Cortés. Su madre, Angela Morales, era bilbilitana, por más que el apellido Morales procedía de tierra de Soria. La abuela materna, Catalina Torrellas, era neta de Calatayud. Sucesivamente, el P. Batllori recorre el noviciado de Gracián en Tarragona (1619-21), los estudios mayores en Calatayud (1621-23) y Zaragoza (1624-27), la docencia en Calatayud (1627-30) y la tercera probación en Valencia (1630-31), el tiempo de moralista en Lérida (1631-33) y de filósofo en Gandía (1633-35), incluyendo noticias interesantes e inéditas, en contribución al estudio de la vida del insigne filósofo.

He aquí en Gracián hábito altoaragonés y bilbilitano (éste por su parte materna y por su nacimiento); temperamento altoaragonés injerto en celtibero. Por eso, y por haber vivido casi siempre en esta tierra, lo aragonés en Gracián es destacado, y él manifiesta repetidamente y sin ambages esta su condición, y no escatima las alabanzas a su tierra y a sus paisanos, entendiendo por tales los aragoneses todos. No puede—y se advierte que, además, no quiere—disimular su linaje aragonés; y esta alma sesuda y obstinada se trasluce a través de una urdimbre que tiene asimismo fulgor expresivo aragonés.

Cierto que nuestro jesuita se formó y se preparó en los noviciados y en los colegios de la Compañía de Jesús; pero es innegable que la biblioteca copiosísima de su amigo y protector el caballero oscense Vincencio Juan de Lastanosa le suministró sin

tasa ni medida cuantos libros precisaba para dar cauce a su inteligencia preclara. Una de sus primeras producciones fué *Arte de Ingenio*, refundida después y publicada en Huesca a expensas de Lastanosa bajo el título *Agudeza y arte de Ingenio*. Esta refundición le fué sugerida por la tertulia literaria de su mecenas, y en la misma rindió tributo a los poetas conterráneos, asociando sus nombres a los de otros alienígenas, excelsos algunos, como Garcilaso, Lope y Góngora. Recientemente he estudiado el tributo de este aragonés a lo aragonés. El máximo es para Marcial, «extremado, entretenido y salado». En lengua romance su predilección vase a los hermanos Luperco y Bartolomé Leonardo (nunca los apellida Argensola). Y advierte que los frecuente en los ejemplos porque dan alma de agudeza a lo que dicen; les halla espíritu de concepto; son como dos mellizos hijos de la más hermosa de las Musas. Pero Bartolomé es más lleno de genio que su hermano, aunque su estilo es más desafectado. Se inclina hacia él, hacia este «señor del decir», eminente en las epístolas y en los tercetos; en sus sonetos, llenos de profundidad y enseñanza. En fin: era el oráculo en verso, el prudente en verso.

Otros poetas de la tierra son ensalzados en esta antología, aunque con mayor parquedad: Uztarroz, Dormer, Sayas, Pellicer, Morlanes, Salinas, Fuentes, Ibáñez de Aoíz, Jerónimo de San José, sin excluir a las poetisas Ana Vincencia de Mendoza y Ana Francisca Abarca de Bolea. Y hay un recuerdo para los varones de la pléyade aragonesa del Quinientos: Verzosa, Sobrarias, Palmireno, sin omitir a Pedro Liñán de Rianza, «en todas sus obras juicioso, por no desmentirlo de poeta aragonés».

Los juicios de Gracián sobre los aragoneses y Aragón en su gran novela alegórica, son chispeantes pero cordiales. La más destacada ventura de los dos peregrinos del vivir, Andrenio y Critilo, la consiguen al llegar a Aragón, donde hasta los aires son más puros. Aquí—asegura—no hay necios, ni tontos, ni doblez, ni embeleco. Hemos de suponer que estos juicios, y muchos más, se controvertirían en la tertulia del discreto Lastanosa, como se leyeron y discutieron las crisis de *El Crítico* antes de darlas a la estampa.

Aplaudimos el celo del Padre Batllori, que, con ánimo de vindicar a su insigne hermano en religión, da a conocer datos preciosos sobre las horas en que vivió en este valle de lágrimas.—*Ricardo del Arco*.

ALVAR, MANUEL: *Lexicografía medieval: el peaje de Jaca de 1437*. «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», II (Madrid 1951), p. 91-133.

Debe de ser Manuel Alvar, catedrático de la Universidad de Granada, el primero en aprovechar el tesoro lexicográfico contenido en las listas de peajes, nunca utilizados hasta ahora con fines lingüísticos. El documento que parcialmente publica y analiza en el presente estudio, forma parte de la colección de documentos medievales que se guardan en el Archivo municipal de Jaca, gracias a los cuales el señor Alvar ha podido estudiar el dialecto aragonés medieval en una obra de inmediata aparición. Describe previamente el sentido y alcance del peaje, que distingue cuidadosamente del tributo llamado lezda, y señala en particular el tipo del peaje de Jaca.

Transcribe parcialmente el documento de 1437, que trata del peaje que debe regir en el Campo de Jaca, Sallent y Valle de Tena. Prescinde aquí de comentarios de carácter fonético, morfológico o sintáctico, para estudiar sólo el léxico empleado, y comenta aquellas cuestiones que de modo marginal debían tratarse en una caracterización del aragonés medieval. De aquí que la parte fundamental de este trabajo sea el «glosario», en el cual se incluyen las voces que figuran en la lista del peaje y algunas más que aparecen en el documento. Trata de encuadrar cada voz dentro de un ámbito cultural

y presta especial atención a los factores económicos. Los vocablos estudiados son los siguientes (teniendo en cuenta que me permito corregir diversas ç transcritas, sin duda por deficiencia tipográfica, como c): *abortones, alum, any[i]nos, argent, argent biu, asno, astilons, auerías, azero, badanas, bestiares, buey, cauallo, cabra, canella, canyamo, carga, carnero, carnerunas, cera, claus, cobre, conduc de Jaca, congrio, corambre, corjería, coyras, crabunas, cuero, cuytiello, dinero, speciería, squilas, stamen, stanyo, fierro y fierros de lança, filaca de peraje, flor de cuba, garbanzos, gíngebre, grana, lana de peratge, libra, libro, lienço, merluça, miel, moro catiuo, mulo, odre, olio, ouella, panyos, pebre, peynes obrados, queso, quintal, rocin, roya, sayno de cerdo, salsas, sandales, sardina, sayal, seda, sueldos, tallados, tocino de puerco, vaca, vassiella, yegua, çafra, çapatos.*—Miguel Dolç.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *La Campana de Huesca*. «Revista de Filología Española», t. XXXV (1951), págs. 29-61.

La historicidad de la Campana de Huesca fué debatida ya por los historiadores clásicos, pero su estudio serio y documentado comienza con Traggia, que negó la autenticidad de la leyenda, basándose en que los nobles mencionados en ella no aparecen en los documentos contemporáneos. En 1920, Dámaso Sangorrín insistió en este argumento con gran aparato crítico y documental, dando por falsa la leyenda y afirmando que no se notaban variaciones anormales en las menciones documentales de nobles aragoneses durante el reinado del rey Monje. En «Estudios de Edad Media», vol. III (1948), págs. 31 y 36, demostré que los nombres de los caballeros degollados por orden de Ramiro II no figuraban en la primitiva versión de la leyenda y habían sido introducidos por el autor de la Crónica Pinatense, exceptuando el del señor de Monzón Miguel de Azlor, y señalé que un buen número de nobles habían cesado en sus tenencias hacia agosto de 1135. Más tarde, en un artículo publicado en el número 3.395 de «Nueva España», de 15 de septiembre de 1949, relacioné los cambios de tenencias con una conspiración contra Ramiro II, que estallaría en julio de 1136 con el apoyo del monarca navarro; uno de los episodios de esta conspiración sería la conocida rebelión de Arnaldo de Lascún, rebelión que, acertadamente, don Andrés Giménez Soler suponía, ya en 1920, que había dado origen a la leyenda.

Abundando en estas ideas—cambios en las tenencias aragonesas en 1135 y rebelión contra Ramiro II—mi querido amigo Antonio Ubieto Arteta ha publicado en las páginas de la «Revista de Filología» un sugestivo artículo, copioso de noticias, sobre la Campana de Huesca. Expondré, a continuación, los principales puntos, en los que el autor se aparta de las teorías anteriores. Son los siguientes: supone que las ejecuciones de caballeros tuvieron lugar en los primeros meses de 1136 y que la revolución comenzó en el verano de 1135, aportando un interesante documento de Ramiro II, fechado en Besalú el 18 de octubre: Cree que en esta plaza catalana el monarca, expulsado del reino, se entrevistaría con el conde de Barcelona, obligándose éste a ayudar al rey Monje a recobrar la Corona «a cambio de una promesa de matrimonio entre una hija de Ramiro II y Ramón Berenguer IV, hija que nacería del matrimonio que el aragonés debería contraer».

El artículo tiene una segunda parte. Ya en 1943, expuse mi opinión de que el relato de la Crónica Pinatense estaría basado en un poema aragonés y afirmaba que no sería muy difícil reconstruir el poema. Ahora, Ubieto Arteta intenta esta reconstitución y cree que el autor del poema sería un mediocre poeta local, dando numerosas noticias sobre juglares aragoneses. Es esta, a mi juicio, la parte más lograda del artículo, con interesantes noticias y excelente crítica.

Teniendo el propósito de publicar, Dios mediante, un trabajo en el que examinaré detenidamente las hipótesis hasta ahora formuladas, me limito aquí a poner de relieve

el interés de este artículo de Ubieto Arteta. ¡Ojalá que nuestros esfuerzos nos permitan salir del terreno puramente conjetural en que ahora nos movemos y podamos entrar con paso firme y seguro en el campo de la historia!—*F. Balaguer.*

ARCO, RICARDO DEL: *La fábrica de la Catedral de Huesca.* «Archivo Español de Arte» t. XXIV (1951), págs. 321-327.

El tema de la catedral de Huesca vuelve a estar de actualidad, merced a un interesante y documentado artículo de Ricardo del Arco, publicado en «Archivo Español de Arte». Se trata de una serie de noticias sobre la fábrica catedralicia que amplían las que el autor dió a conocer en su obra *La Catedral de Huesca*, excelente monografía que ilustró la historia artística del venerable templo.

El autor llama la atención sobre el muro lateral exterior del lado de la Epístola que cree es del último tercio del siglo XIII y sobre la torre de campanas que, según la descripción de Ainsa, presentaba un aspecto severo y solemne, con un hermoso chapitel de piedra. En opinión del autor, el ejemplar más afín a este chapitel debió ser el de San Pedro de Olite, montado en la terraza, dotada ésta de antepecho volado sobre canes, cuerpo octogonal no muy alto con pequeños torreones de flanco y encima la flecha propiamente dicha, de piedra, muy pendiente. Sería de desear que, si se acomete la restauración de la torre, se tengan en cuenta estas observaciones del autor, expuestas ya, en forma más amplia, en una erudita memoria..

Otras noticias se refieren a las capillas de Nuestra Señora del Populo, San José, Santa Ana, San Gil, etc. La de la Epifanía fué concedida por el Cabildo en 18 de Julio de 1562, mediante acto público, testificado por el notario Jerónimo Pilares, al canónigo Tomás Fort.

El atrio de la Catedral fué construído en el año 1574, costando la obra 6.500 sueldos y sentando sus losas el cantero Juan Ceolatz, indudablemente, como dice el autor, de origen vasco.

Como se ve, esta serie de noticias son de subido interés para el estudio artístico de la Catedral oscense, que, con motivo de las obras de restauración, que ahora se llevan a cabo, vuelve a adquirir destacada actualidad.—*F. Balaguer.*